

COMENTARIOS AL ACONTECER EN EL MUNDO

XXVII ANIVERSARIO DEL TRATADO DEL ATLÁNTICO NORTE

El 4 de abril se cumplió el XXVII aniversario de la firma del Tratado del Atlántico Norte, puesto en marcha en circunstancias de apremio y zozobra por parte de los doce países inicialmente signatarios. En efecto, apenas calmada la emoción que suscitó el golpe de Praga (febrero de 1948), que hizo caer de bruces en el campo comunista a la democrática Checoslovaquia, se inició el bloqueo de Berlín (junio de 1948). Tales episodios de la guerra fría eran continuación de los logros soviéticos en los últimos días de la Segunda Guerra Mundial y primera etapa de la postguerra en que la URSS se hizo con cerca de 500.000 kilómetros cuadrados de territorio anexionado, sin contar su control de los países satélites cuyos gobiernos se amamantaban a sus pechos. Dado que en Yalta se le concedió a la URSS una zona de ocupación que situaba sus fuerzas armadas a 120 kilómetros del Rin, todo bien considerado, no se excedió en sus afanes expansionistas... Sin tiempo para que los países del Oeste echaran en olvido el gran trozo de Europa íntegro en el área comunista, las iniciativas soviéticas de 1948 sonaron como dramáticos aldabonazos a la puerta de un mundo occidental que había estimado que podía retirarse a descansar. Lo evidencia la rápida desmovilización decidida por los Estados Unidos y Gran Bretaña, sin que los ejércitos de la Europa continental pudieran ser un serio refuerzo frente al ejército soviético, que se mantenía intacto y en pie de guerra. Entonces se impuso la urgente necesidad de ponerle coto a lo que parecía ser insaciable voracidad de la URSS, con medios más contundentes que el Plan Marshall, cuya finalidad había sido cerrarle el paso a la incipiente revolución fruto de la pobreza, paro y destrucciones imperantes en el Viejo Continente.

Pese a la ceguera que afectó a las potencias occidentales no bien

se aliaron con la URSS en plena guerra, los aliados europeos se percataron de que una amenaza militar podía estar en el aire de la postguerra y a principios de 1948 Gran Bretaña formuló el propósito de crear un sistema de defensa colectiva en Europa. Los sucesos de Checoslovaquia aceleraron la firma del Tratado de Bruselas (17 de marzo de 1948) por el que Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Luxemburgo y los Países Bajos se comprometían a hacer frente, todos a la una, en caso de agresión. Así se creó la Unión Occidental, no comprensiva de la Alemania occidental todavía en fase de castigo y penitencia. Sin embargo, Alemania representaba un vacío susceptible de incitar a la agresión por parte de las 22 divisiones soviéticas estacionadas en la Europa Central, debido en particular a la escasez de medios y hombres de los países de la Unión Occidental para detener una eventual agresión. Esta realidad se impuso a los encargados de organizar ese sistema defensivo y llevó a la conclusión de que sin los Estados Unidos a Europa sólo le restaba rezar el Miserere de ponerse en marcha el ejército soviético. En suma, la Unión Occidental fue el cimiento del Tratado del Atlántico Norte, cuyo objetivo básico era y es oponerse a una invasión armada de la URSS, o sea, un objetivo defensivo y militar.

El tiempo no ha modificado la finalidad fundamental del Pacto Atlántico. Asimismo, pese a la rápida evolución de las técnicas y del avance soviético en materia nuclear, de los cambios registrados en el ámbito político, económico y social de los países europeos y en el escenario internacional, apenas si se han alterado las estructuras de la OTAN. Indudablemente, la OTAN ha salvado a la Europa occidental de una agresión soviética, siempre que se dé por sentado que la URSS abrigara ese propósito. Sin embargo, la OTAN ha puesto de manifiesto sus limitaciones o incapacidad para estorbar iniciativas soviéticas perjudiciales a la larga para el mundo occidental. Se vio singularmente con motivo de la rebelión de Hungría en 1956 y de la invasión de Checoslovaquia en 1968. De otra parte, se evidenció que la Alianza, dominada por los Estados Unidos, no defendía y hasta iba en contra de los intereses de sus aliados fuera del área geográfica que ampara la OTAN. Pudo comprobarlo Holanda en Indonesia, Bélgica en el Congo, Francia en Argelia y Portugal en Africa, sin que sea exhaustiva esta enumeración en la que podrían incluirse a países que sin ser aliados formales hacen las veces de tales. El caso es que la descolonización, liberación, subversión y otras modalidades utilizadas por la estrategia indirecta no se dan únicamente fuera del

área amparada por la OTAN cuya utilidad práctica se reduce por lo demás a hacer frente a un ataque armado, harto improbable en razón de la mutua disuasión nuclear. En las propias áreas de la OTAN se evidencia un soterrado o no soterrado esfuerzo por dislocar las estructuras políticas, económicas y sociales en que se asienta el mundo occidental.

Se ha observado con pertinencia que la estrategia soviética comprende a la vez la acción directa y la acción indirecta. En lo que a Europa occidental respecta, ocioso es reiterar que mientras se mantenga la OTAN y más aún la credibilidad de la intervención norteamericana en su defensa, la acción directa puede considerarse excluida. Militarmente, Europa occidental es poco menos que invulnerable pese a la desproporción de fuerzas convencionales entre la OTAN y el Pacto de Varsovia: el poder atómico norteamericano garantiza la disuasión. Luego la URSS, que no cesa ni puede cesar en su empeño hegemónico, en razón de la dinámica de su ideología, ha de recurrir a la acción indirecta. A ello aplica su tenacidad, astucia y quintas columnas con las probables consecuencias de la incorporación comunista—cuando menos—en el Gobierno de Italia (33 por 100 del electorado ya ha votado comunista en las elecciones municipales), de un éxito en las elecciones legislativas de Francia del Frente Común—socialistas y comunistas—, fórmula que no puede descartarse totalmente en Portugal a la vista de los resultados de las elecciones del 25 de abril que no permitieron al Partido Socialista gobernar a solas. De otra parte, la insólita creación de sindicatos militares—naturalmente, dominados por comunistas—es hecho alarmante en Holanda, Bélgica e Italia, sin excluir a Francia, donde las medidas adoptadas por el Gobierno contra los sindicalistas-soldados produjeron gran revuelo. Finalmente, basta considerar las oleadas de huelgas promovidas en plena crisis económica, singularmente en Francia e Italia por sindicatos de obediencia comunista y otros que, sin serlo, temen quedarse atrás, para llegar a la preocupante conclusión de que entre las limitaciones de la OTAN figura la de no estar en condiciones de cubrir el amplio frente político y social por el que arrémete sin trabas la subversión organizada. En suma, la Europa occidental está en la ilusión de una seguridad garantizada por la OTAN, mientras se la arrebatara la acción indirecta, que encuentra su mejor caldo de cultivo en las democracias debilitadas por preocupaciones primordiales de orden económico, aunque se arropen en reformismo y liberalismo.

NUEVA FASE DE LAS RELACIONES ENTRE LA UNIÓN INDIA Y CHINA POPULAR

El Gobierno de la Unión India ha designado el 15 de abril a K. R. Narayan embajador en la República Popular China. Después de casi catorce años de esquinamiento se inicia una nueva fase de las relaciones entre Nueva Delhi y Pekín, relaciones en las que la luna de miel del jubiloso intercambio de misiones diplomáticas en abril de 1950 fue derivando hacia la luna de hiel del conflicto armado de octubre de 1962. Entre estos dos extremos se registra una larga serie de manifestaciones de amistad, entre ellas un importante acuerdo comercial firmado en 1954, numerosas visitas, halagos, pero también tiranteces, recelos, algún que otro incidente de fronteras y, por supuesto, la preocupación de los dirigentes chinos porque su país recuperase su tradicional influencia en Asia, previa eliminación de la influencia de los Estados Unidos y asimismo de la URSS.

Los primeros pasos por el camino de la amistad chino-india parecían prometedores. Sin embargo, ya de partida se daba el escollo de la diferencia de sistemas políticos. No la menguaba el neutralismo oficial de la India que no le hacía dengues a buenas relaciones con Gran Bretaña y los Estados Unidos y, más adelante, con la URSS, cuyo interés por el subcontinente empezó a manifestarse en 1955 en forma de ayuda económica y militar. Mal se compaginaba esa postura con la oposición a todas las potencias occidentales—y posteriormente a la URSS—que caracterizaba la política exterior china en aquellos años. Estas discrepancias básicas fueron tomando cuerpo al pasar del tiempo y desde la Conferencia de Bandung (abril de 1955) empezaron a minar la tan proclamada amistad entre los dos grandes países asiáticos. En Bandung, Chou En-lai dejó en segundo término el Pandit Nehru, no sólo por tener más personalidad, sino por brindar soluciones más concretas al problema del subdesarrollo. Con todo, nada parecía haber modificado las relaciones entre los dos Estados, aunque China ya hubiera sacado a colación sus reivindicaciones territoriales y la dura política china en el Tibet suscitara los recelos de Nueva Delhi, no obstante haberle dado el visto bueno al acuerdo suscrito en mayo de 1951 entre Pekín y el Gobierno tibetano.

Fue la rebelión del Tibet (1959) la que provocó en serio el derrumbamiento de la amistad entre Nueva Delhi y Pekín. De hecho, ese edificio ya estaba afectado por la publicación de unos mapas chinos que incluían en territorio nacional 90.000 kilómetros cuadrados al sur de

la línea Mac Mahon, 2.000 kilómetros cuadrados en el sector central de la frontera y 33.000 kilómetros cuadrados en la región deshabitada de Ladaj. De otra parte, la creciente implicación de Nehru en el neutralismo asiático y africano, junto con el acercamiento de la India y la URSS, y también con los Estados Unidos, explican el nuevo comportamiento chino. El remate fue el asilo que en territorio indio concedió Nehru al Dalai Lama y refugiados tibetanos. En 1961 y principios de 1962 se multiplicaron los incidentes fronterizos. Mientras China exigía a la India que reconsiderase la cuestión de las fronteras, negocia simultáneamente con Karachi la delimitación de la frontera de Sikián y de la parte de Cachemira dominada por Pakistán y reivindicada por la India, ofuscada por tan inamistosa negociación que había de desembocar en un acuerdo, como en el caso de Birmania (1960) y Nepal (1961).

Pese a los esfuerzos de Nueva Delhi para evitar el enfrentamiento y sin aguardar al resultado de los trabajos de las comisiones de delimitación de fronteras, el 20 de octubre de 1962, en plena crisis de Cuba que retenía la atención de los Estados Unidos y la URSS, China inicia una gran ofensiva en sectores reivindicados de la frontera con la India y penetra ampliamente en el territorio vecino, territorio que ya había mordisqueado en anteriores choques armados de menor cuantía. Las unidades indias fueron arrolladas y diezmadas. El 22 de noviembre China decreta el alto el fuego y además se retira a 20 kilómetros de las líneas que ocupaba en noviembre de 1959. Con tan sorprendente medida apunta a recobrar respetabilidad, pero dejando bien sentado que no acepta los límites territoriales impuestos por los «tratados desiguales», de los cuales la línea Mac Mahon (1914) es la más reciente expresión.

Gran sensación causó en Asia la arremetida de China contra la India y en diciembre de 1962 seis de los países del Plan Colombo prepararon un proyecto de delimitación de fronteras. Aceptado por China Popular y la India, pasó el tiempo y no se aplicó. Es más, el conflicto indio-pakistaní de 1965 animó a China a exigir el desmantelamiento de fortines indios en la frontera de Sikkim. Se temió un nuevo conflicto. No se produjo, pero la maniobra de diversión de China en ayuda de Pakistán aceleró el iniciado acercamiento de la India y la URSS. Culminó con el Tratado de paz, amistad y cooperación de agosto de 1971, al que Pekín replicó invitando al presidente Nixon, prueba patente de que los Estados Unidos habían dejado de ser la máxima amenaza potencial de la China de los años cincuenta y primeros de

los años sesenta. La URSS tomaba el relevo, dado en particular su empeño por poner en marcha un pacto de seguridad colectiva en Asia, en realidad, el cerco de China del que la India sería elemento pese a su tan proclamado neutralismo, que no es forzosamente pacifismo, como se viera con motivo de la guerra indio-pakistaní en Bangla Desh.

La reorientación de la política exterior china después de la Revolución Cultural muestra que los objetivos perseguidos no son primordialmente los de un liderazgo en el que proselitismo revolucionario e interés nacional se confundían. Ahora los objetivos fundamentales son la seguridad e independencia de China y, por supuesto, la integridad territorial, aunque ésta quede en segundo término, como lo evidencia la cuestión de Taiwan. La máxima amenaza ha pasado a ser la URSS. Es la que condiciona y hasta determina la política exterior de China en la que el pragmatismo ha sustituido el proselitismo. La reanudación de relaciones diplomáticas con Nueva Delhi es una prueba más de que están en vigor nuevos métodos y nuevos modales, así como la tendencia a no ahondar en las diferencias a fin de neutralizar la influencia soviética no dejando a la URSS campar a sus anchas en un país vecino. Es en todo caso indicio de que Hua Kuo-feng mantiene el rumbo exterior señalado por Chou En-lai y respetado por Teng Hsiao-ping, rumbo que tendía a no multiplicar los adversarios susceptibles de buscar el amparo soviético, como lo hiciera la India amenazada por una China un tanto desbocada en sus iniciativas, pero actualmente más sosegada desde que es parte integrante del mundo, en razón de su ingreso en las Naciones Unidas, y que necesita estabilidad y seguridad en sus fronteras y en Asia, por lo menos hasta que su desarrollo nuclear la haga invulnerable.

EL PERIPLO AFRICANO DEL DOCTOR KISSINGER

Partiendo de Londres, el 24 de abril el doctor Kissinger inició un largo viaje por Africa que había de culminar en su asistencia en Nairobi a la conferencia de la UNCYAD, del 2 al 6 de mayo. Era el primer viaje que desde hacía siete años efectuaba un secretario de Estado norteamericano a ese continente en cambio muy visitado por representantes oficiales u oficiosos, asesores y técnicos soviéticos y chinos, todos ellos afanados en arrimar, no sin éxito, el ascua del nacionalismo africano y la reivindicación tercermundista a sus respectivas sardinas. Tratando de recuperar el tiempo diplomático perdido en otras atenciones y con vistas a preparar el terreno para la conferencia de la

UNCTAD, el programa de viaje del doctor Kissinger incluía la visita a ocho países africanos. Luego no fueron tantos. Hubo país que le cerró la puerta al visitante norteamericano por buenas y amistosas que fueran sus intenciones con relación al Africa subsahariana, como se echara de ver de entrada al declarar en Kenya el 25 de abril que «estaba expirando el tiempo de los gobernantes blancos en Africa» a la que venía a ofrecer apoyo económico y político. Por lo demás, rizando el rizo de esa declaración, en discurso pronunciado el 27 de abril en Lusaka, capital del nacionalismo africano, el doctor Kissinger manifestó que los Estados Unidos no prestarían apoyo de ninguna índole a Rhodesia y su gobierno blanco, a la par que amenazó con apretarle las clavijas en materia de sanciones económicas, poco respetadas, singularmente en lo que al cromo atañe, incluso por los propios Estados Unidos. Acto seguido, el doctor Kissinger se entrevistó con Joshua N'Komo del Consejo Nacional Africano que, por cierto, es jefe de la sección de Rhodesia de esa organización y en modo alguno su líder indiscutido. Por lo pronto, le disputa ya el liderazgo el obispo metodista Abel Muzorewa, residente en Mozambique.

Respecto a la toma de posición de los Estados Unidos en la cuestión de Rhodesia, cuya importancia rebasa el ámbito de Rhodesia y hasta el de la Africa meridional, se ha dicho que suponía un importante giro en su política exterior. Es inexacto. La postura tradicional de los Estados Unidos con relación a las fuerzas alzadas contra los poderes establecidos ha sido considerar a aquéllas con benevolencia, cuando no la de prestarles ayuda efectiva. Quizás débese esta inclinación mantenida desde hace cosa de dos siglos al hecho de que los Estados Unidos recuerdan subconscientemente que llegaron a la independencia mediante una rebelión. El caso es que en 1815 se apresuraron a reconocer implícitamente las colonias de Hispanoamérica alzadas contra España, que en 1836 concedieron el estatuto de «beligerante» a Tejas en rebelión contra Méjico y que en 1896 el Congreso apremió al Ejecutivo para que reconociera como beligerantes a los insurrectos cubanos y creara las condiciones requeridas para que Cuba soltara amarras con España. Por tanto, la fiebre descolonizadora de que dieron muestras los Estados Unidos después de la II Guerra Mundial tenía antecedentes históricos. Es decir, que la decisión de animar los esfuerzos de los negros de Rhodesia para dar al traste con el gobierno blanco, lo que se verá seguido por la lucha en pro de la independencia de Namibia y, si Dios no lo remedia, por la arremetida contra Africa del Sur, no supone ningún giro en la política exterior norteamericana. Por el contrario, es

una constante de la actividad exterior de los Estados Unidos cuya miopía es tanto más inquietante cuanto que afecta a todo el mundo occidental cuyo liderazgo ostenta a favor de las circunstancias. Es de recordar que no más que Rhodesia, Francia logró el apoyo decidido de su aliado norteamericano en su propósito de mantenerse de alguna forma en el Sudeste asiático. El epílogo de aquella inhibición de los Estados Unidos y posterior relevo de Francia en aquellas áreas está demasiado presente en la memoria para que sea preciso comentarlo.

En el caso de Rhodesia y abstracción hecha de lo injusto o justo de su actual situación considerada desde el punto de vista de los principios, altamente estimables, pero secundarios frente a una cuestión de supervivencia, se impone que eliminado Portugal del Africa Austral, los únicos bastiones susceptibles de poner coto a la expansión soviética son los países blancos, a su vez respaldo de los países negros que pretenden hurtarse al marxismo. Sustituidos los poderes blancos por poderes negros, que sólo un delirante optimismo permitiría vaticinar afectos al mundo occidental, se plantearía una nueva y nada halagüeña situación en ese sector de Africa de gran importancia política en las nuevas formas de confrontación mundial alentadas por la URSS, o sea, la de los países del Tercer Mundo productores de materias primas y los países industrializados vitalmente necesitados de esas materias primas, confrontación de la que ha sido exponente la conferencia de la UNCTAD que ha señalado caminos sin emprender ninguno. Es más, los países productores se han negado en redondo a aceptar el plan de reordenación económica internacional propuesto por los países industrializados.

Es incuestionable que en la toma de conciencia del Tercer Mundo de su antagonismo con el mundo desarrollado, la URSS y China, cada cual a su modo, han desempeñado relevante papel, aunque China en Nairobi acusara a las dos Superpotencias de pretender reducir «los pueblos africanos a la esclavitud» y «mantener el viejo orden económico». En todo caso, el propósito del Tercer Mundo de utilizar las materias primas como armas para imponer condiciones, como lo hace la OPEP, es un riesgo que corre el mundo occidental y en primer término Europa, pobre en materias primas. Semejante previsible ofensiva forma parte de una estrategia soviética a largo plazo que se aplica metódicamente. Por lo pronto, en Mozambique y Angola la operación ha tenido éxito, como lo pregonan los viajes que en mayo han realizado a Moscú Samora Machel y Lopo do Nascimento y los acuerdos económicos y posiblemente militares allí suscritos. He aquí, pues, dos países

recién nacidos a la independencia y vinculados a la URSS, como lo está Somalia, mientras la influencia norteamericana en Madagascar y Etiopía ha sufrido los embates de los dos últimos golpes de Estado y está a punto de convertirse en filial de Somalia el único punto de apoyo que Occidente tenía en el Mar Rojo: el territorio de los Afars e Issas, o sea Yibuti. Sin duda, en Tanzania la influencia soviética tiene el contrapeso de la influencia china y Kenya no está en malas relaciones con los Estados Unidos, sin que por ello pueda estimarse que Nairobi es baza segura para Washington en el Africa Oriental que domina el Océano Indico donde se evidencia la proyección política, económica y diplomática de la URSS, sin mencionar la consiguiente implantación militar. De otra parte, la actividad naval que la URSS despliega en ese Océano no le va a la zaga de la actividad naval norteamericana preocupada de defender los intereses norteamericanos en el Pérsico y la ruta comercial de El Cabo, no tan vulnerable como sería de presumir dado el predominio soviético en el Africa Oriental debido a la existencia de la gran base de Simonstown. Es decir, que Simonstown es vigía y baluarte de la ruta de El Cabo, de fundamental importancia para el tráfico comercial con el Pérsico, pese a la reapertura del Canal de Suez.

De pasar Africa del Sur a poder del nacionalismo negro, ¿seguiría desempeñando Simonstown esa misión de vigía y baluarte? La pregunta tiene muchos visos de ociosa. Como ocioso es dudar que la llegada al poder de los negros en Rhodesia sería preámbulo del asalto a Africa del Sur y sus riquezas. En suma, de cumplirse en Rhodesia los deseos formulados por el doctor Kissinger asistiríamos no sólo al triunfo del panafricanismo que en 1905 el doctor Du Bois, casualmente norteamericano, se sacó de la manga fundando el Pan African Congress, sino al acoso de Africa del Sur cuyo gobierno blanco es garantía del mantenimiento de Simonstown, salvaguarda de una ruta comercial de gran importancia para el mundo occidental. ¿Piensa el doctor Kissinger que dando alientos—cuando menos verbales— a la guerrilla rhodesiana que apoyan países africanos esquinados con los Estados Unidos logrará integrarlos en su juego político y económico? Todo sugiere que ni llevando a los blancos de Africa a la picota, y sobre todo llevándolos, los Estados Unidos pueden conquistar terreno en ese continente conflictivo cuyas riquezas encandilan a las grandes potencias, bien que para el presidente Houphouët-Boigny, de Costa de Marfil, los juegos están hechos en Africa en razón de los sucesivos abandonos de

Occidente y su incapacidad de reacción frente a los avances de la penetración soviética, que ya denunció hace años.

SESIÓN DE PRIMAVERA DEL CONSEJO DEL ATLÁNTICO NORTE

En razón de la coyuntura euro-mediterránea y africana, la sesión de primavera del Consejo del Atlántico Norte —con alguna inexactitud calificada de la OTAN—, que se celebró en Oslo el 20 y 21 de mayo con asistencia de los quince ministros de Asuntos Exteriores de los países de la Alianza, suscitó una expectación desproporcionada con las decisiones adoptadas, según se desprende del comunicado final. No es sorprendente. Al adoptarse tales decisiones por unanimidad, previa búsqueda más o menos afanosa de soluciones de compromiso, forzoso es pasar como sobre ascuas por los temas candentes y los graves problemas que se les plantean a los países miembros, entre lo que figuraban los que enfrentan a los países miembros entre sí. De suerte que por si fueran pocas las preocupaciones que origina el abrumador desarrollo de la capacidad militar del bloque de Varsovia y el despliegue naval soviético en el Indico y el Pacífico, que alarma a Australia, Nueva Zelanda y, por supuesto, a China y Japón, se impone que en el bastión atlántico se ha instalado el caballo de Troya de disensiones de fondo entre sus miembros, lo que puede afectar a todo el sistema defensivo paciente y sesudamente establecido. A ello hay que agregar que sobre la OTAN pende la amenaza de que Italia amanezca a finales de junio con gobernantes comunistas democráticamente llevados al poder el 20 de junio. Esta eventualidad —que dista mucho de ser hipótesis— es la más insólita desventura que podía acaecer a un Pacto suscrito única y exclusivamente para hacer frente a la amenaza comunista. En 1949 parecía que semejante amenaza sólo podía formularse en términos de agresión armada. Tal estimaron quienes crearon la OTAN, por lo demás limitada a amparar concretas áreas del globo. De entrada, el Pacto Atlántico excluyó de sus preocupaciones defensivas el Cercano Oriente, Africa, Asia... Se centró exclusivamente en alzar una barrera protectora en torno a la Europa occidental en caso de ataque frontal armado, dando por sentado que los principios democráticos y la defensa de la libertad eran una base política lo bastante estable como para asentar en ella una alianza sólida en la que no surgirían conflictos internos derivados de intereses nacionales. De otra parte, tampoco el Pacto Atlántico en su aplicación práctica ha prestado atención a las cuestiones económicas, aunque el propósito se

recogiera en uno de los artículos del Tratado. Era, pues, un planteamiento de la defensa ceñido a lo militar, que no ha estorbado las evoluciones internas de los países miembros conforme a la lógica de sus conceptos políticos e intereses económicos, con tanta mayor facilidad cuanto que la disuasión mutua, el acercamiento norteamericano-soviético, en suma, la distensión, han tendido a reducir los riesgos de agresión armada soviética a hipótesis.

Esos árboles han llegado a estorbar la visión de la actividad de la URSS que, sin tomarse punto de reposo, se activa por doquier haciendo caso omiso del sistema defensivo de la OTAN. La suerte del Sudeste asiático parece definitivamente echada. Quedan a salvo Birmania, Tailandia y Malasia. Nadie puede precisar por cuánto tiempo. La URSS mueve ahora sus peones en el Africa meridional partiendo de Angola y Mozambique. No por ello descuida la Europa occidental. Salvando el obstáculo del sistema defensivo militar, puede operar impunemente en el ámbito político, social y económico, aquí con la ayuda del Tercer Mundo, que dispone de materias primas. En realidad, desde la creación misma de la OTAN, la URSS ha contado frente a esa organización con un factor de importancia: la existencia en la Europa occidental de partidos comunistas que, por lo pronto, en Islandia, están en el gobierno. Sin necesidad de que estén «supeditados» a Moscú, su ideología va en contra de los objetivos que persigue el Tratado del Atlántico Norte. Por tanto, la OTAN es manzana de magnifico aspecto que lleva dentro el gusano de un adversario que, por la dinámica de la democracia, puede alzarse con el santo y la limosna, o sea, atacarla por una retaguardia carente de protección. Superfluo es señalar que semejante inconveniente no se da en el bloque de Varsovia. Esta circunstancia de coherencia y solidez es tan de destacar como la masa de cañones, aviones, carros y barcos de superficie o submarinos que el Este alinea frente al Oeste.

Si a este *handicap* constitutivo se agregan lamentables conflictos internos que tienen incidencia en los planes estratégicos, no parece sistemático pesimismo estimar que la reunión de Oslo ha tenido visos de consulta de médicos en torno a un enfermo aquejado de males diversos y graves. Aunque no se ha acordado la terapéutica a aplicar, el enfermo sigue vivo, lo que ha llevado al doctor Kissinger a calificar la reunión de «armoniosa». Bien es verdad que encauzado el conflicto británico-islandés hacia una probable solución y soslayada la querrela turco-griega en razón de Chipre e islas del mar Egeo—concretamente, el posible petróleo en torno a esas islas—, pudo lograrse el acuerdo de

no apoyar el acelerador de la distensión Este-Oeste, estudiar planes de defensa a largo plazo y resignarse a hacer frente a la situación que plantee Italia en materia de planes defensivos en el Mediterráneo.

La posibilidad de que Italia lleve la OTAN a activar los planes de reforma iniciados desde 1973 y le imponga la búsqueda de una nueva estructura político-militar para el sistema de defensa ha incitado los medios informativos nacionales a conceder desmedida y ansiosa atención a lo que en Oslo se decía —o no decía— con relación a la aceptación de España por los quince. Causa perplejidad este prurito de que la OTAN le dé a nuestro país un «sí» que no ha solicitado, que dudosamente le conviene solicitar y del que no precisa para estar adscrito en el campo occidental en virtud del tratado bilateral con los Estados Unidos. Por ello, parece irreflexión considerar las reformas internas en curso en España en función del ingreso en la OTAN, alguno de cuyos miembros exige neciamente que tenga «el nivel democrático necesario para entrar», sin caer en la cuenta de que no echó mano del «democrámetro» en 1949 a la hora de incluir a Portugal entre los países de la alianza que, por otro lado, no le hicieron dengues a la Grecia de los «coroneles». Que un fallo en la misión encomendada a Italia lo subsanaría el relevo asumido por España, cualquiera que fuera su grado de democracia, extremo éste que no se repercute en la estrategia, es evidente que interesa al Pentágono en particular, lo que explica la postura acogedora de los Estados Unidos. Pero los comentaristas al acecho de que los quince inviten a España a compartir sus problemas, tareas y gastos, prescindiendo de sugerencias más o menos interesadas, ¿se han preguntado seriamente si es del interés de España entrar en el berenjenal oñanesco? Casualmente, sólo sirve la OTAN para enfrentar una agresión armada, que es la modalidad de acción a que la URSS sólo recurriría eventualmente de fallar las restantes modalidades para influir, penetrar y ganar terreno, contra las que no tiene medios de defensa la OTAN.